



Jubileo de los Jóvenes

del 28 de julio al 5 de agosto



HOMILÍAS



#peregrinosdeesperanza







ÍNDICE



INTRODUCCIÓN



SANTA MISA DE ENVÍO AL JUBILEO DE LOS JÓVENES

Homilía de Mons. José Ángel Saiz Meneses (27 de julio de 2025)



SANTA MISA EN TERRASSA

Homilía de Mons. José Ángel Saiz Meneses (29 de julio de 2025)



SANTA MISA BASÍLICA DE LOS SANTOS APÓSTOLES

Homilía de Mons. José Ángel Saiz Meneses (31 de julio de 2025)



ENCUENTRO DE ESPAÑOLES - BASÍLICA DE SAN PEDRO

Homilía de Mons. Luis Argüello (1 de agosto de 2025)



VIGILIA DEL JUBILEO Y DIÁLOGO CON LOS JÓVENES

Papa León XIV en Tor Vergata (2 de agosto de 2025)



SANTA MISA DEL JUBILEO DE LOS JÓVENES

Homilía del Santo Padre León XIV (3 de agosto de 2025)



SANTA MISA BASÍLICA DE NTRA. SRA. DE MONTSERRAT

Homilía de Mons. José Ángel Saiz Meneses (4 de agosto de 2025)





INTRODUCCIÓN

Tras la participación en el Jubileo de los Jóvenes en Roma, desde la Delegación ponemos a disposición de los responsables de grupo y sus jóvenes este documento. En él se incluyen las homilías pronunciadas por nuestro Arzobispo Monseñor José Ángel Saiz Meneses a los jóvenes de nuestra Archidiócesis, desde la Misa de Envío hasta el retorno a Sevilla; la homilía de Monseñor Luis Argüello en el Encuentro de Españoles en la Plaza de San Pedro; y las palabras del Papa León XIV en la Vigilia y la Misa celebradas en Tor Vergata que culminaban los actos del Jubileo.

El objetivo de compartir este material es que sirva como apoyo para trabajar con los jóvenes hasta la clausura de este Año Jubilar. Son varias las posibilidades que ofrece y que quedan a la elección y criterio de cada responsable para trasladarlo a su grupo:

- ➡ Encuentro de inicio de curso compartiendo las experiencias y testimonios de lo vivido, usando como base los textos o alguno de los mismos.
- ➡ Reparto de los textos en varias sesiones para trabajarlos y reflexionar sobre ellos.
- ➡ Preparación de un acto de oración o adoración en la que se contemplen algunas de las palabras pronunciadas durante los diferentes actos del Jubileo.
- ➡ Uso de los textos como material de base para la formación de los jóvenes.



SANTA MISA DE ENVÍO AL JUBILEO DE LOS JÓVENES

Homilía de Mons. José Ángel Saiz Meneses

CATEDRAL DE SEVILLA
27 DE JULIO DE 2025



Queridos sacerdotes concelebrantes, diáconos, miembros de la vida consagrada y del laicado; queridos responsables de pastoral juvenil y jóvenes que hoy sois enviados como peregrinos a Roma; queridos hermanos y hermanas presentes en esta celebración.

En este domingo XVII del Tiempo Ordinario, la Providencia ha querido que coincida nuestra celebración dominical con el envío solemne de los más de 700 jóvenes de nuestra Iglesia diocesana que partirán rumbo a la ciudad eterna para participar en el Jubileo ordinario de la Iglesia convocado por el Papa Francisco bajo el lema Peregrinos de esperanza. Quiero comenzar esta homilía resaltando, en nombre de la Iglesia de Sevilla, la alegría y la emoción que sentimos por este acontecimiento eclesial. Es un signo elocuente de vitalidad, de fe, de valentía, de esperanza.

Permitidme recordar algo fundamental: no vamos de vacaciones, no vamos de turismo, no se trata de una actividad veraniega más.

“
¡Somos peregrinos! Esta perspectiva lo ilumina todo, porque ser peregrinos significa que emprendemos un camino con un destino sagrado, movidos por la fe y con el corazón dispuesto a la conversión. En estos tiempos en que todo se convierte en espectáculo, en consumo, en práctica efímera, nosotros, como Iglesia, somos invitados a vivir algo profundamente distinto: una experiencia espiritual, eclesial, transformadora.
”

Peregrinar no es simplemente desplazarse, es dejarse mover por Dios, permitir que Él conduzca los pasos, que transforme el corazón. Peregrinar implica desinstalarse, salir de uno mismo, dejar atrás seguridades, rutinas, planes y comodidades; significa caminar ligeros de equipaje, como dice el Evangelio; y significa, sobre todo, abrir el alma al encuentro con Cristo, a la fraternidad con los demás, a las sorpresas del camino. Peregrinar es tarea de personas valientes e intrépidas. Pues eso sois vosotros: valientes y decididos, dispuestos a dejaros encontrar por Dios en medio del calor, del cansancio, de la convivencia, del compartir, de la alegría, del silencio y de la oración.

En segundo lugar, os invito a tomar conciencia del don inmenso que es vivir un Año Jubilar y ganar la gracia del Jubileo. No es una práctica piadosa más, ni una tradición antigua que se repite cíclicamente. Es una corriente de gracia que atraviesa la historia de la Iglesia desde hace siglos, que renueva la vida cristiana, que reaviva el fervor apostólico, que fortalece la comunión eclesial, que renueva el mundo. El Jubileo es una manifestación concreta de la misericordia de Dios. Es como una primavera del alma, una Pascua para el corazón, una renovación integral de la vida cristiana. Quien se confiesa con sinceridad, comulga con fe y reza por las intenciones del Santo Padre, recibe la indulgencia plenaria: el perdón total de sus pecados y de las penas temporales que estos merecen. Es como un nuevo bautismo que purifica y fortalece.

El Jubileo es don y misión. Lo ganaremos, sí, pero no solo para nosotros. Lo ganaremos para llevar esperanza al mundo; lo ganaremos para volver a Sevilla como testigos; lo ganaremos para ser luz en medio de la oscuridad. La Iglesia ha sido enviada para anunciar y testimoniar, para hacer presente y extender el misterio de salvación que la constituye. Ese es también vuestro envío. Por eso partís desde la Catedral, madre de todas las iglesias de la Archidiócesis, lugar donde se manifiesta la unidad visible de nuestra Iglesia local en torno a su pastor. Desde aquí sois enviados como discípulos misioneros. Con la alegría del Evangelio, con la fuerza del Espíritu, con la firmeza de la fe.

Las lecturas de la Palabra de Dios que hemos escuchado iluminan el sentido de nuestra peregrinación. En el Evangelio de San Lucas (cf. Lc 11,1-13), Jesús enseña a sus discípulos a orar, y les ofrece el Padrenuestro. Ese será nuestro alimento en Roma. Oremos mucho, y lo haremos con fe; y también el Señor nos exhorta a perseverar en la oración, a no desanimarnos: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá". Este camino no será fácil. Como toda peregrinación, tendrá sus dificultades: el calor, el cansancio, las tensiones, los retrasos, los imprevistos. También habrá pruebas interiores: momentos de desánimo, tentaciones de superficialidad, heridas personales. Pero es precisamente ahí donde el Jubileo se hace más fecundo, porque en la debilidad es donde se manifiesta la gracia, y en la dificultad es donde se forja la comunión.

Permitidme deciros algo con claridad: no temáis los momentos difíciles, no huyáis de las incomodidades, no os refugiéis en las redes ni en la dispersión. Dejad que el Señor os toque en lo más hondo. Abrid las puertas del corazón, como decía San Juan Pablo II: "¡No tengáis miedo! ¡Abrid de par en par las puertas a Cristo!". Como el amigo insistente del Evangelio, sed constantes en la oración; sed audaces en la súplica; no os contentéis con contemplar y fotografiar monumentos. Id a las basílicas a adorar, caminad con espíritu de fe, rezad unos por otros. No estáis solos, porque peregrinamos en comunidad, en familia, en Iglesia.

Queridos jóvenes: para ganar el Jubileo no basta con llegar a Roma. Es necesario ir con el corazón abierto, con espíritu de conversión. El Jubileo no es un privilegio para los buenos, sino una oportunidad para todos. El Papa Francisco nos ha recordado muchas veces que "la Iglesia no es un refugio para los perfectos, sino un hospital de campaña para los heridos". Vamos como somos, también con nuestras heridas, con nuestra historia, con nuestras dudas e interrogantes, con nuestros talentos y virtudes. Dios nos espera. La conversión no es solo un cambio de comportamiento, es sobre todo un cambio de dirección; es volver a Dios, ponerlo en el centro de la vida, abrirse al perdón, dejar atrás el pecado; es reconciliarse con uno mismo y con los demás.

El camino de conversión no está reñido con la alegría, al contrario, conduce a ella. Porque solo en Cristo encontramos la plenitud del sentido, la verdad de nosotros mismos, la paz que tanto anhela nuestro corazón. En ese camino, la unidad es esencial, la comunión y amistad entre todos. El demonio siembra la división. El Espíritu Santo, en cambio, construye comunión. Durante la peregrinación, vivíamos la fraternidad, respetemos siempre al otro, ayudémonos, seamos pacientes, seamos humildes. No nos encerréis en nuestros pequeños grupos; seamos una sola Iglesia, una sola familia, un solo corazón.

“

Roma nos espera. Nos esperan las basílicas, las tumbas de los Apóstoles Pedro y Pablo, la historia viva de la fe cristiana, la universalidad de la Iglesia, el Santo Padre León. Pero sobre todo nos espera una experiencia profunda de fe, un encuentro con Cristo.

”

Vayamos al sepulcro de Pedro como hijos de la Iglesia; reavivemos allí nuestra fe, renovemos nuestro amor por el Papa, recemos por él; renovemos nuestro “sí” al Señor; ofrezcamos nuestro corazón. Nuestra peregrinación será una gracia para la Archidiócesis entera. Habrá muchos jóvenes que no podrán ir, pero estarán presentes con nosotros en la oración. Y, al volver, volvamos como misioneros, como discípulos transformados, como apóstoles, como testigos de Cristo, como testigos de esperanza. Mostrando que Cristo está vivo, que vale la pena seguirlo, que la fe es nuestra fuerza, que la Iglesia es nuestro hogar, que el mundo es nuestro campo de acción evangelizadora.

María santísima, peregrina en la fe, nos acompaña. Que Ella nos proteja y nos guíe. Caminemos de su mano, oremos con Ella. En la Visitación a su prima Isabel, María se pone en camino. También nosotros peregrinaremos con alegría, con fe, con la certeza de que el Señor camina a nuestro lado. ¡Buen camino, queridos peregrinos!

¡Ultreia et suseia!





SANTA MISA EN TERRASSA

Homilía de Mons. José Ángel Saiz Meneses

CATEDRAL DE SANT ESPERIT
29 DE JULIO DE 2025



Celebramos hoy la Eucaristía en esta querida Catedral del Sant Esperit de Terrassa. Es muy emocionante para mí volver a esta Iglesia madre de la Diócesis que el Señor me confió como primer obispo, desde su creación canónica en 2004 hasta 2021. Aquí inicié mi ministerio como pastor diocesano, aquí viví los primeros años de andadura de una Iglesia particular joven, viva, generosa y profundamente enraizada en la fe de los mayores. Volver hoy, acompañado por 700 jóvenes de la Archidiócesis de Sevilla que peregrinan conmigo hacia Roma para ganar el Jubileo, es una gracia inmensa que une dos tierras muy queridas de mi ministerio episcopal.

Estamos en camino, somos un pueblo en marcha. Como Moisés, que en la Tienda del Encuentro se encontraba con el Señor “cara a cara, como habla un hombre con su amigo” (Ex 33,11), también nosotros nos ponemos en actitud de escucha, de búsqueda y de encuentro. Porque una peregrinación no es turismo ni pasatiempo. Es, ante todo, experiencia espiritual, es escuela de interioridad, llamada a la conversión, renovación del amor primero y compromiso con Cristo vivo. El Evangelio de hoy nos presenta a tres amigos muy especiales de Jesús: Marta, María y Lázaro, tres hermanos de Betania que supieron acoger a Jesús en su casa y en su corazón. Contemplamos la escena tan conocida del recibimiento de Jesús por parte de esta familia.

Dice el Evangelio de san Lucas: “Entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa” (Lc 10,38). Así comienza esta escena. Jesús se deja acoger, no impone su presencia, pero se deja encontrar por quien lo recibe. Marta, con todo el amor de su corazón, lo acoge con generosidad.

“

¡Qué importante es acoger al Señor! ¡Qué importante es abrirle la puerta de nuestra vida! Estamos haciendo esta peregrinación precisamente para eso: para abrir de par en par las puertas a Cristo. Cada paso que damos, cada oración, cada esfuerzo compartido en el camino, es una forma de decirle: “Señor, entra en mi casa, ven a mi vida, quédate conmigo”.

Marta representa esa generosidad activa, concreta, hospitalaria. Quiere atender bien al Señor, quiere servirle, quiere que todo esté en su sitio; representa a todos aquellos que quieren vivir una fe encarnada, activa, comprometida.

El Señor no le reprocha su trabajo, ni le dice que esté mal su actitud de servicio; pero le señala que hay algo más fundamental todavía: la escucha de la palabra del Señor, la primacía de la relación con Él. Porque sin esa escucha, sin esa unión con Él, todo activismo se agota, se vacía y acaba siendo estéril. En esta peregrinación estamos llamados a ser María, a sentarnos a los pies del Señor, a dejar que nos hable. Hemos de ser capaces de desconectarnos de las pantallas, del ruido, de la dispersión, para abrir el corazón a la Palabra viva. Por eso tenemos presente la Palabra de Dios, por eso nos confesamos, por eso celebramos la Eucaristía cada día, porque necesitamos beber del manantial.

La casa de Betania era para Jesús un lugar especial. En esa casa vivía la amistad, y eso es también lo que estamos experimentando como jóvenes que peregrinan juntos. Amistad con el Señor, amistad entre nosotros, fraternidad verdadera. Caminamos juntos, nos cuidamos, compartimos fatigas y alegrías. Esto es la Iglesia. La familia de Betania nos enseña también que el Señor no busca servidores, sino amigos; no busca empleados, sino discípulos. Ser discípulo es estar con Él, conocerle, amarle, seguirle. En la primera lectura hemos escuchado que Moisés entraba en la Tienda del Encuentro y hablaba con Dios como un amigo habla con su amigo (cf. Ex 33,11). ¿No es eso lo que queremos vivir? Esta peregrinación es nuestra Tienda del Encuentro. Es nuestra Betania itinerante. Y Jesús quiere hablarnos, quiere enseñarnos a ser amigos suyos.

Queridos jóvenes: esta peregrinación no es un fin en sí misma. Es signo y escuela. En el fondo, simboliza el camino de la vida. Un camino con etapas, con cansancio, con imprevistos, pero también con belleza, amistad, descubrimiento y alegría. Estamos peregrinando hacia Roma, a las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo, para ganar el Jubileo. Pero el Jubileo no es solo una indulgencia plenaria, sino una experiencia de gracia, de renovación, de volver a Dios con el corazón limpio. Y eso requiere de cada uno de nosotros la valentía de dejar que el Señor nos transforme. Marta y María nos enseñan a servir con alegría, pero también a no perdernos en la dispersión; nos invitan a unir acción y contemplación, nos recuerdan que el corazón de nuestra vida es Cristo. Al final del Evangelio que hemos escuchado, Marta calla. No replica ni se justifica. Escucha y aprende. Porque el discípulo es aquel que aprende del Maestro, que acoge su Palabra.

Permitidme, queridos jóvenes, una confidencia personal. Esta Catedral del Sant Esperit fue durante diecisiete años el centro de mi vida episcopal. Aquí prediqué mi primera homilía como obispo de Terrassa. Aquí ordené sacerdotes, confirmé jóvenes, bauticé niños, confesé penitentes, acogí a tantas personas con sus gozos y sufrimientos. Aquí se forjó una comunidad diocesana que hoy sigue caminando con fe, con esperanza y con amor. Es el Espíritu Santo, que da vida a la Iglesia, y sigue soplando.

“ Vosotros sois ese sopro nuevo de Dios, sois la primavera del Evangelio. No tengáis miedo de ser cristianos con todas las consecuencias, no os conforméis con una fe tibia, superficial y acomodada al mundo. Sed testigos del Señor resucitado, sed misioneros de su amor, sed jóvenes de oración, de Eucaristía, de caridad concreta; y, sobre todo, sed amigos de Jesús. ”

Como Marta, recibid al Señor en vuestra casa, en vuestro corazón. Como María, escuchadlo con amor. Como Lázaro, vivid con Él la experiencia pascual, morir al pecado y resucitar a una vida nueva.

Queridos jóvenes: os invito a vivir con intensidad lo que estamos experimentando estos días. Sed peregrinos del espíritu, no os distraigáis, no os quedéis en la superficie, dejad que el Señor os hable, que os mire, que os transforme. Y cuando lleguemos a Roma, cuando crucemos la Puerta Santa, sabed que estamos cruzando un umbral de gracia. Que cada uno lleve en el corazón una súplica, un agradecimiento, una decisión. María santísima es la Madre y Maestra que nos enseña a acoger a Cristo, a escuchar su Palabra, a servirlo con alegría. Así sea.



SANTA MISA BASÍLICA DE LOS SANTOS APÓSTOLES

Homilía Mons. José Ángel Saiz Meneses

ROMA
31 DE JULIO DE 2025



Continúa nuestra peregrinación jubilar que, sin duda, quedará grabada en lo más hondo de la memoria y el corazón. Al celebrar juntos esta Eucaristía en Roma, junto a la tumba de los Apóstoles, en la fiesta de san Ignacio de Loyola, un gran peregrino de la fe, las palabras de la liturgia de hoy resuenan con especial fuerza. La Palabra de Dios que hemos escuchado —el final del libro del Éxodo y el último fragmento del capítulo 13 de san Mateo— se nos ofrece como un alimento para el camino y como una luz para el momento decisivo que viviremos esta tarde: el paso por la Puerta Santa y la obtención de la gracia del Jubileo.

La primera lectura, del libro del Éxodo, narra cómo Moisés, obediente a la voluntad de Dios, levantó la Morada, es decir, la Tienda del Encuentro, siguiendo todas las indicaciones recibidas. Una vez concluida la obra, “la nube cubrió la Tienda del Encuentro y la gloria del Señor llenó la Morada” (Ex 40, 34). Esta nube era signo de la presencia de Dios, de su majestad y de su guía. La nube no era algo estático, sino que indicaba el camino: “cuando la nube se alzaba de la Morada, los hijos de Israel se ponían en camino. Si la nube no se alzaba, no se ponían en camino hasta el día en que se alzaba” (Ex 40,36-37).

Esta imagen de la nube que guía, protege y acompaña, es un símbolo precioso para nuestra peregrinación. También nosotros, como el pueblo de Israel, caminamos por el desierto del mundo, a veces con alegría, otras veces con cansancio o incertidumbre, pero siempre guiados por la presencia del Señor. En esta peregrinación jubilar hemos venido a Roma precisamente para hacer experiencia viva de esa presencia de Dios que se manifiesta en la Iglesia, en los sacramentos, en los hermanos y en el testimonio de los santos. La nube y la Tienda nos remiten al misterio de la Iglesia, que es lugar del encuentro entre Dios y su pueblo.

“ Venimos a encontrarnos con la Iglesia, con el Sucesor de Pedro, con la historia viva del cristianismo. La Iglesia es nuestra casa, nuestra familia, nuestro hogar, y esta experiencia eclesial que vivimos estos días debe marcarnos profundamente.”

En el Evangelio de hoy Jesús concluye su discurso en parábolas con la imagen de la red: “El Reino de los cielos se parece a una red que se echa al mar y recoge toda clase de peces” (Mt 13,47). Es una imagen realista. La red del Reino no selecciona a priori, no discrimina, no elige a unos pocos. Todo es acogido, aunque llegará el momento del discernimiento: “cuando está llena, los pescadores la sacan a la orilla, se sientan, y recogen los buenos en cestos y los malos los tiran” (v. 48).

“

Queridos jóvenes, el Reino de Dios es inclusivo, abierto, misionero, no es un espacio reservado a unos pocos privilegiados. Dios quiere que todos entren en su red. Y en esa red estamos nosotros, con nuestros sueños y luchas, con nuestra fe y también con nuestras dudas, con nuestros entusiasmos y nuestras heridas.

”

Ahora bien, esta parábola también nos recuerda que no basta con estar en la red: hace falta convertirse, cambiar, dejarse transformar por el amor de Dios. Lo que diferencia al buen pez del malo es su respuesta a la llamada del Reino. Hoy es un día para preguntarse con sinceridad: ¿Estoy dispuesto a encontrarme con Cristo? ¿Quiero que mi vida esté en sus manos? ¿Quiero vivir desde el Evangelio? ¿O estoy simplemente en la red sin implicarme, sin decidirme, sin convertirme?

Esta tarde cruzaremos la Puerta Santa de una de las grandes basílicas de Roma. Es el momento culminante de la peregrinación. No es un rito exterior ni una foto para subir a las redes. Es un acto de fe, un signo de conversión, una gracia inmensa, porque esa puerta representa a Cristo mismo: “Yo soy la puerta —nos dice Jesús—: quien entre por mí se salvará” (Jn 10,9). Cruzando la Puerta Santa, entramos en el corazón del misterio de la Redención. Entramos por Cristo hacia la plenitud del amor del Padre. Entramos llevando nuestra vida, con todo lo que somos y todo lo que nos pesa. Y al entrar, pedimos perdón, renovamos nuestra fe, ofrecemos nuestras intenciones, y salimos renovados.

El paso por la Puerta Santa nos exige tener conciencia de que somos peregrinos, nos exige abrir el corazón a la misericordia de Dios, reconciliarnos en el sacramento del perdón, profesar la fe con alegría y valentía, y orar por el Papa León XIV y por la Iglesia universal. Sólo así el Jubileo será auténtico, sólo así se gana la indulgencia plenaria. No es una recompensa mágica, sino una gracia de Dios que pide nuestra cooperación libre. Por eso, al cruzar la Puerta Santa, hacedlo con gratitud, con reverencia, con fe. Decid en vuestro interior: Señor, vengo a Ti, me acojo a tu misericordia. Guíame, transfórmame, lléname de tu amor.



Esta peregrinación a Roma es un signo de que la vida misma es un camino hacia Dios. Hemos dejado nuestras casas y comodidades para lanzarnos a este viaje de fe. No nos falta el cansancio, los imprevistos e incomodidades, pero sobre todo estamos viviendo la alegría, la amistad y la oración. Eso es ser peregrino.

“

El que camina, el que se arriesga, el que se fía, encuentra la gracia. Llevad esta experiencia en el corazón y no la olvidéis al volver a Sevilla. Roma no puede ser sólo un bello recuerdo, debe ser un punto de inflexión, una gracia que da fruto, un fuego que enciende otros fuegos. Llevad el Evangelio a los ambientes donde vivís: a la familia, al instituto, a la universidad, al trabajo, a los grupos de amigos, a las redes sociales, a los barrios donde hay sufrimiento y soledad. La Iglesia os necesita. Sevilla os necesita. ¡No tengáis miedo de dar la cara por Cristo!

”

Queridos jóvenes, hoy es también un día de memoria. Roma es memoria viva de la fe. Aquí entregaron su vida san Pedro y san Pablo, aquí vivieron miles de santos, aquí han resonado las palabras del Evangelio durante siglos. Al cruzar la Puerta Santa, no estamos solos: nos acompañan los que nos han precedido. Su testimonio nos guía, nos empuja hacia adelante. La Iglesia no es un grupo de perfectos, es una familia de peregrinos, santos y pecadores, jóvenes y ancianos, laicos y consagrados. En ella cabemos todos. En ella hemos nacido a la fe y desde ella somos enviados al mundo. Conservar esta memoria viva es importante. En medio de una cultura que a menudo olvida, o desprecia sus raíces, vosotros debéis ser testigos de una memoria agradecida, portadores de una esperanza firme. El Jubileo nos recuerda que somos herederos de una gran historia y protagonistas de un futuro que Dios quiere construir con nuestra colaboración.

Queridos jóvenes: Hoy es el día. Esta tarde cruzaréis la Puerta Santa. Será el signo de vuestra decisión de vivir en Cristo, con Cristo y para Cristo. Que la nube de su presencia os acompañe como al pueblo de Israel; que la red del Reino os envuelva y transforme; que la Puerta Santa os abra a la gracia de la conversión, del perdón y de la misión; que María Santísima, Madre de la Iglesia y Puerta del Cielo, os guíe siempre. Ella peregrinó con fe en su vida terrena y nos enseña a confiar plenamente en Dios. Que os abrace con ternura de Madre en este día de gracia. Sigamos caminando, con alegría, con fe, con los ojos puestos en Jesús. Así sea.



ENCUENTRO DE ESPAÑOLES

Homilía de Mons. Luis Argüello

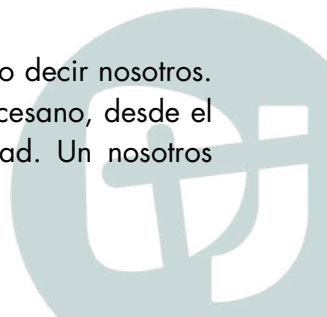
BASÍLICA DE SAN PEDRO
1 DE AGOSTO DE 2025



Pablo escribe a los cristianos de Roma: la esperanza no defrauda porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu santo que se nos ha dado. Así es queridos hermanos que compartís conmigo el ministerio ordenado: obispos, presbíteros, diáconos. El amor ha sido derramado en nosotros dando forma en nuestro corazón en la caridad pastoral ofrezcamos al pueblo santo de Dios: la Palabra, la misericordia y el Pan partido. El amor de Dios ha sido derramado en nosotros sobre nosotros, queridos hermanos, hermanos jóvenes del pueblo santo de Dios que camina en España, en Iglesias particulares o diócesis y en tantas y tantas realidades comunitarias, apostólicas, que nos sirven para acoger este amor. La esperanza no defrauda porque el amor de Dios derramado en nuestros corazones ha puesto en vuestras vidas un vestido de alabanza, un vestido de alabanza que hace posible que vivamos para alabanza de la gloria de Dios, renunciando a la vana gloria. Se nos ha dado además un perfume de alegría, para que llevemos esta alegría a los duelos y a las tinieblas de la existencia. Se nos ha ofrecido además una diadema, una diadema que muestra la alianza que el Señor ha sellado con nosotros, porque su amor misericordioso no tiene vuelta atrás.

Sí, hermanos, hemos sido bautizados con un vestido blanco. Hemos sido confirmados con un perfume de alegría. Participamos de la Eucaristía, alianza nueva y eterna para el perdón de los pecados. Somos cristianos, somos ungidos. El Cristo, el ungido, ha querido compartir con nosotros su misma unción, el mismo sello del Espíritu Santo.

Y así, ungidos cristianos, somos un pueblo, un pueblo que va progresivamente ensayando decir nosotros. Así, hemos venido de nuestras diócesis y hemos constituido un nosotros, un nosotros diocesano, desde el pequeño nosotros de la parroquia, del movimiento, de la asociación, de la comunidad. Un nosotros diocesano que hoy expresa un nosotros de la Iglesia en España.



Para disponernos así y mañana en la tarde, cuando ya comienza el domingo y en la Eucaristía solemnísimas del domingo en la mañana, poder decir nosotros, la Iglesia, la Iglesia una santa, católica y apostólica. El Espíritu Santo nos permite decir nosotros, dejando que cada uno de nuestros yoes entre, se adentre en el nosotros de quienes nos reunimos para decir Padre Nuestro. Pero sólo un corazón ungido, sólo un corazón que lleva vestido de alabanza, perfume de alegría y diadema de alianza, de misericordia, puede vivir un nosotros permanentemente abiertos. Porque hemos de reconocerlo, hermanos, hay nosotros que se cierran sobre sí mismos. También en la Iglesia, también en nuestras realidades comunitarias, a veces afirmamos con tanta fuerza el nosotros pequeño que nos olvidamos de abrirnos a un nosotros más grande. Y qué decir de la sociedad en la que vivimos que reivindica identidades fuertes en las que cada uno dice nosotros, buscando otros nosotros con quienes enfrentarse para poder afirmar el pequeño nosotros. La Iglesia es una permanente escuela de ensanchar el nosotros, de abrir el nosotros, de abrir a una fraternidad que no brota de nuestros puños, sino del Espíritu Santo que nos ha ungido y nos permite decir Dios, Padre Nuestro, y nos permite decir Jesús eres el Señor. Y como pueblo, como pueblo que dice nosotros, queremos abrir esta fraternidad a la familia humana, a nuestros conciudadanos, a nuestros compañeros de estudio, de diversión, a vuestras propias familias, a los diversos lugares donde venimos, para ofrecer este nosotros que ayude a nuestros contemporáneos a abrir su corazón y poderse encontrar así con quien es la fuente del nosotros que se abre y abraza.

Queremos, amigos, sellar una alianza de esperanza. Queremos que este jubileo sea la oportunidad de ofrecer una alianza de esperanza a quien quiera escucharnos, a quien quiera compartir con nosotros algún tramo del camino. Queremos ofrecer la alegría del Evangelio y así dar testimonio en nuestras calles y plazas de la belleza de creer en Dios, dar testimonio de una comprensión de la persona, del cuerpo, de la sexualidad vinculada al amor y a la transmisión de la vida. Dar testimonio de una forma diferente de plantearnos la economía, la cultura, la política.

Dar testimonio de una cercanía singularísima a los pobres, queriendo acoger en nuestra casa y en nuestro corazón a quienes están solos, a quienes sufren cualquier tipo de dolor, de sufrimiento, a quienes vienen de lejos, a quienes estando cerca de nuestras casas, nuestro corazón cerrado no descubre como un grito que nos está permanentemente llamando. En estos días habéis confesado la fe confesando vuestros pecados. Ha sido emocionante ver esta mañana en el Circo Máximo a tantas y tantas personas como mendigos de la misericordia de Dios, como lo hemos vivido también en la peregrinación, en cada uno de nuestros encuentros. Hemos confesado que Jesucristo tiene fuerza y poder para perdonar nuestros pecados.



Ahora hace falta, hermanos, que seamos también confesores de la fe en la plaza pública. Porque si el Señor tiene fuerza y poder para perdonar los pecados en nuestro corazón, y así experimentamos la alegría del perdón, y se nos abren nuestros brazos, y nos reconciliamos y nos queremos, es importante que confesemos que el Señor tiene fuerza y poder para vencer a las estructuras de pecado, que tiene fuerza y poder para vencer al dragón que pasa continuamente su poder a las bestias de este mundo imperialista.

“ Confesemos nuestra fe, seamos testigos de la victoria de Jesucristo en medio de nuestras actividades cotidianas, y ofrezcamos esta victoria como gracia, como regalo, como don, no queriendo imponer de ninguna manera nuestra fe a nadie, sino regalando gratuitamente la alegría del Evangelio, el vestido blanco de alabanza, el perfume de alegrías, y también esta alianza nueva y eterna que como una diadema nos invita a participar permanentemente en la Eucaristía. ”

Volveremos a nuestros lugares de origen para seguir siendo peregrinos, porque esta es nuestra condición, y cada semana haremos un alto en el camino, en la peregrinación, en el domingo, para renovar nuestra unción para el Espíritu Santo, para adorar la presencia real de Jesús en la Eucaristía, para acumular su mismísimo cuerpo, y para ser enviados, enviados para anunciar la paz.

Por eso, amigos, os invito ahora a que gritéis conmigo para que el mundo nos oiga:

Jesús es el Señor

Somos la Iglesia

Jesús es el Señor.

Somos la Iglesia.

Queremos la paz en el mundo, queremos la paz en el mundo,

queremos la paz en el mundo,

Haznos, Señor, instrumentos de tu paz.

Somos peregrinos, hermanos, no somos turistas de un turismo espiritual, somos testigos del Evangelio, somos Iglesia en misión, somos sínodo. Bendito y alabado sea nuestro Señor Jesucristo, que en la fuerza del Espíritu Santo nos ha permitido participar en esta liturgia de alabanza.





VIGILIA DEL JUBILEO

Diálogo del Santo Padre con los jóvenes

TOR VERGATA
2 DE AGOSTO DE 2025



Pregunta 1 – Amistad

Santo Padre, soy Dulce María, tengo veintitrés años y vengo de México. Me dirijo a usted haciéndome portavoz de una realidad que vivimos los jóvenes en tantas partes del mundo. Somos hijos de nuestro tiempo. Vivimos en una cultura que nos pertenece y que, sin darnos cuenta, nos va moldeando; está marcada por la tecnología, especialmente en el ámbito de las redes sociales. Frecuentemente nos ilusionamos de tener muchos amigos y de crear relaciones cercanas, mientras que cada vez más seguido experimentamos diversas formas de soledad. Estamos cerca y conectados con tantas personas y, sin embargo, no son relaciones verdaderas y duraderas, sino efímeras y comúnmente ilusorias.

Santo Padre, mi pregunta es: ¿cómo podemos encontrar una amistad sincera y un amor genuino que nos lleven a la verdadera esperanza? ¿Cómo la fe puede ayudarnos a construir nuestro futuro?

Queridos jóvenes, las relaciones humanas, nuestras relaciones con otras personas son indispensables para cada uno de nosotros, empezando por el hecho de que todos los hombres y mujeres del mundo nacen como hijos de alguien. Nuestra vida comienza con un vínculo y es a través de los vínculos que crecemos. En este proceso, la cultura juega un papel fundamental: es el código con el que nos entendemos a nosotros mismos e interpretamos el mundo. Como un diccionario, cada cultura contiene tanto palabras nobles como palabras vulgares, valores y errores que hay que aprender a reconocer. Buscando con pasión la verdad, no sólo recibimos una cultura, sino que la transformamos a través de elecciones de vida. La verdad, en efecto, es un vínculo que une las palabras a las cosas, los nombres a los rostros. La mentira, en cambio, separa estos aspectos, generando confusión y malentendidos.

Ahora, entre las muchas conexiones culturales que caracterizan nuestra vida, internet y las redes sociales se han convertido en «una extraordinaria oportunidad de diálogo, encuentro e intercambio entre personas, así como de acceso a la información y al conocimiento» (Papa Francisco, *Christus vivit*, 87). Sin embargo, estos instrumentos resultan ambiguos cuando están dominados por lógicas comerciales e intereses que rompen nuestras relaciones en mil intermitencias. A este respecto, el Papa Francisco recordaba que a veces los «mecanismos de la comunicación, de la publicidad y de las redes sociales pueden ser utilizados para volvernos seres adormecidos, dependientes del consumo» (*Christus vivit*, 105). Entonces nuestras relaciones se vuelven confusas, ansiosas o inestables. Además, como saben hoy en día hay algoritmos que nos dicen lo que tenemos que ver, lo que tenemos que pensar, y quienes deberían ser nuestros amigos. Y entonces nuestras relaciones se vuelven confusas, a veces ansiosas. Es que cuando el instrumento domina al hombre, el hombre se convierte en un instrumento: sí, un instrumento de mercado y a su vez en mercancía. Sólo relaciones sinceras y lazos estables hacen crecer historias de vida buena.

Queridos jóvenes, toda persona desea naturalmente esta vida buena, como los pulmones tienden al aire, ¡pero cuán difícil es encontrarla! Cuán difícil es encontrar una amistad auténtica. Hace siglos, san Agustín captó el profundo deseo de nuestro corazón, es el deseo de todo corazón humano, aun sin conocer el desarrollo tecnológico de hoy. También él pasó por una juventud tempestuosa; pero no se conformó, no silenció el clamor de su corazón. Agustín buscaba la verdad, la verdad que no defrauda, la belleza que no pasa. Y ¿cómo la encontró? ¿Cómo encontró una amistad sincera, un amor capaz de dar esperanza? Encontrando a quien ya lo estaba buscando, encontrando a Jesucristo. ¿Cómo construyó su futuro? Siguiéndolo a Él, su amigo desde siempre. En palabras suyas: “Ninguna amistad es fiel sino en Cristo”. San Agustín nos dice: “No hay amistad que sea fiel si no es en Cristo”. Y la verdadera amistad es siempre en Jesucristo con verdad, amor y respeto. “Y sólo en Él puede ser feliz y eterna” (cf. Réplica a las dos cartas de los pelagianos, I, I, 1); «Ama verdaderamente al amigo quien ama a Dios en el amigo» (Sermón 336, 2), nos dice san Agustín.

La amistad con Cristo, que está en la base de la fe, no es sólo una ayuda entre muchas otras para construir el futuro, es nuestra estrella polar.

Como escribía el beato Pier Giorgio Frassati, «vivir sin fe, sin un patrimonio que defender, sin sostener una lucha por la Verdad no es vivir, sino ir tirando» (Cartas, 27 de febrero de 1925). Cuando nuestras amistades reflejan este intenso vínculo con Jesús, ciertamente se vuelven sinceras, generosas y verdaderas.

“

Queridos jóvenes, ámense los unos a los otros. Ámense en Cristo. Sepan ver a Jesús en los demás. La amistad puede cambiar verdaderamente el mundo. La amistad es el camino por la paz. La amistad es el camino por la paz.

”



Pregunta 2 – El valor de decidir

Santo Padre, me llamo Gaia, tengo diecinueve años y soy italiana. Esta noche todos los jóvenes aquí presentes quisiéramos hablar de nuestros sueños, esperanzas y dudas. Nuestros años están marcados por las decisiones importantes que estamos llamados a tomar para orientar nuestra vida futura. Sin embargo, por el clima de incertidumbre que nos circunda, la tentación de ir posponiendo tales decisiones y el miedo a un futuro desconocido nos paraliza. Sabemos que optar equivale a renunciar a algo y esto nos bloquea, a pesar de ello percibimos que la esperanza nos muestra objetivos alcanzables por más que estén marcados por la precariedad del tiempo actual.

Santo Padre, le preguntamos: ¿dónde podemos encontrar el valor para decidir? ¿Cómo podemos ser valientes y vivir la aventura de la libertad viva, tomando decisiones radicales y cargadas de significado?

Gracias por esta pregunta. La pregunta es ¿cómo encontrar la valentía de escoger? ¿Dónde podemos encontrar el valor para elegir y tomar decisiones acertadas? La decisión es un acto humano fundamental. Observándolo con atención, entendemos que no se trata sólo de elegir algo, sino de optar por alguien. Cuando elegimos, en sentido profundo, decidimos qué queremos llegar a ser. La opción por excelencia, en efecto, es la decisión sobre nuestra vida: ¿qué tipo de hombre quieres ser?, ¿qué clase de mujer quieres ser? Queridos jóvenes, se aprende a elegir a través de las pruebas de la vida, y en primer lugar recordando que nosotros hemos sido elegidos. Este recuerdo debe explorarse y educarse. Hemos recibido la vida gratis, sin elegirla. No somos fruto de nuestra decisión, sino de un amor que nos ha querido. En el curso de la existencia, se demuestra verdaderamente amigo quien nos ayuda a reconocer y renovar esta gracia en las decisiones que estamos llamados a tomar.

Queridos jóvenes, es cierto lo que han dicho: “optar equivale también a renunciar a algo y esto a veces nos bloquea”. Para ser libres, es necesario partir de un fundamento estable, de la roca que sostiene nuestros pasos. Esta roca es un amor que nos precede, nos sorprende y nos supera infinitamente: el amor de Dios. Por eso, ante Él la decisión es un juicio que no nos quita ningún bien, sino que siempre nos lleva a lo mejor.

“

La valentía de elegir surge del amor que Dios nos manifiesta en Cristo. Él es quien nos ha amado con todo su ser salvando el mundo y mostrándonos así que el camino para realizarnos como personas es dar la vida. Por eso, el encuentro con Jesús corresponde a las esperanzas más profundas de nuestro corazón, porque Jesús es el Amor de Dios hecho hombre.

”

A este respecto, hace veinticinco años, precisamente en el lugar donde nos encontramos, San Juan Pablo II dijo: «es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis la felicidad; es Él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis; es Él la belleza que tanto os atrae; es Él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar del conformismo; es Él quien os empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar» (Vigilia de oración en la XV Jornada Mundial de la Juventud, 19 agosto 2000). El miedo deja entonces espacio a la esperanza, porque estamos seguros de que Dios lleva a término lo que comienza.



Reconozcamos su fidelidad en las palabras de quien ama de verdad, porque ha sido realmente amado. "Tú eres mi vida, Señor", es lo que un sacerdote o una consagrada pronuncian llenos de alegría y de libertad. "Tú eres mi vida, Señor". "Te recibo como mi esposa y como mi esposo" es la frase que transforma el amor del hombre y de la mujer en un signo eficaz del amor de Dios en el matrimonio. Estas opciones radicales, opciones llenas de significado: el matrimonio, el orden sagrado, la consagración religiosa, expresan el don de uno mismo, libre y liberador, que nos hace auténticamente felices. Y ahí encontramos la felicidad, cuando aprendemos a darnos a nosotros mismos. A dar la vida por los demás.

Estas decisiones dan sentido a nuestra vida, transformándola según la imagen del Amor perfecto, que la ha creado y redimido de todo mal, incluso de la muerte. Digo esto esta noche pensando en las dos chicas, María, de veinte años, española, y Pascale, de dieciocho, egipcia. Ambas habían decidido venir a Roma para el Jubileo de los Jóvenes, y en estos días les ha llegado la muerte. Recemos juntos por ellas; recemos también por sus familiares, sus amigos y sus comunidades. Jesús Resucitado las acoja en la paz y en la alegría de su reino. Y quisiera pedirles sus oraciones por otro amigo; un muchacho español, Ignacio González, que ha sido ingresado en el hospital "Bambino Gesù". Recemos por él, por su salud.

Encontrar el valor de tomar decisiones difíciles y de decir al Jesús: "Tú eres mi vida, Señor". "Señor, tú eres mi vida". Gracias.



Pregunta 3 - Llamada al bien

Santo Padre, me llamo Will. Tengo veinte años y soy de los Estados Unidos. Me gustaría hacerle una pregunta en nombre de tantos jóvenes que anhelan, en sus corazones, algo más profundo. Nos sentimos atraídos por la vida interior, aunque a primera vista se nos juzgue como una generación superficial e irreflexiva. En lo más profundo de nuestro ser, nos sentimos atraídos por lo bello y lo bueno como fuentes de verdad. El valor del silencio, como en esta Vigilia, nos fascina, aunque a veces nos infunda temor por la sensación de vacío. Santo Padre, me gustaría preguntarle: ¿cómo podemos encontrar verdaderamente al Señor Resucitado en nuestras vidas y estar seguros de su presencia incluso en medio de las pruebas y las incertidumbres?

Para dar inicio a este Año Jubilar, el Papa Francisco publicó el documento titulado *Spes non confundit*, que significa «la esperanza no defrauda». En ese documento, escribió: «En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien» (*Spes non confundit*, 1). En la Biblia, la palabra “corazón” suele referirse al ser más íntimo de una persona, que incluye nuestra conciencia. Nuestra comprensión de lo que es bueno, entonces, refleja cómo nuestra conciencia ha sido moldeada por las personas que forman parte de nuestra vida; aquellas que fueron amables con nosotros, aquellas que nos escucharon con amor, aquellas que nos ayudaron. Esas personas contribuyeron a modelarte en la bondad y, por lo tanto, a formar tu conciencia para buscar el bien en tus decisiones de cada día.

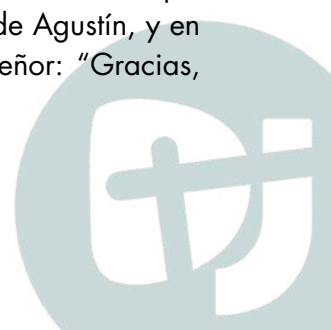
“

Queridos jóvenes, Jesús es el amigo que siempre nos acompaña en la formación de nuestra conciencia. Si realmente quieren encontrar al Señor resucitado, escuchen su palabra, que es el Evangelio de la salvación. Reflexionen sobre su forma de vivir, busquen la justicia para construir un mundo más humano. Sirvan a los pobres y den testimonio así del bien que siempre nos gustaría recibir de nuestros vecinos. Estén unidos a Jesucristo en la Eucaristía. Adoren a Cristo en el Santísimo Sacramento, fuente de vida eterna. Estudien, trabajen y amen siguiendo el ejemplo de Jesús, el buen Maestro que siempre camina a nuestro lado.

”

En cada paso, mientras buscamos lo que es bueno, pidámosle: quédate con nosotros, Señor (cf. Lc 24,29). Quédate con nosotros, porque sin ti no podemos hacer el bien que deseamos. Tú quieres nuestro bien; de hecho Señor, tú eres nuestro bien. Quienes te encuentran también quieren que otros te encuentren, porque tu palabra es una luz más brillante que cualquier estrella, que ilumina incluso la noche más oscura. Al Papa Benedicto XVI le gustaba decir que quienes creen nunca están solos. En otras palabras, encontramos a Cristo en la Iglesia, es decir, en la comunión de quienes lo buscan sinceramente. El Señor mismo nos reúne para formar comunidad, no cualquier comunidad, sino una comunidad de creyentes que se apoyan mutuamente. ¡Cuánto necesita el mundo misioneros del Evangelio que sean testigos de justicia y paz! ¡Cuánto necesita el futuro hombres y mujeres que sean testigos de esperanza! Queridos jóvenes, ¡esta es la tarea que el Señor resucitado nos confía a cada uno de nosotros!

San Agustín escribió: «Tú mismo lo mueves a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti. [...] Que yo, Señor, te busque invocándote y te invoque creyendo en ti» (Confesiones, I, 1). Siguiendo esas palabras de Agustín, y en respuesta a sus preguntas, me gustaría invitar a cada uno de ustedes a decirle al Señor: “Gracias, Jesús, por llamarme.



Mi deseo es seguir siendo uno de tus amigos, para que, abrazándote, yo también pueda ser un compañero de todos los que encuentre en el camino. Concédeme, Señor, que aquellos que me encuentren puedan encontrarte a ti, incluso a través de mis limitaciones y debilidades". Al rezar con estas palabras, nuestro diálogo continuará cada vez que miremos al Señor crucificado, porque nuestros corazones estarán unidos en Él. Cada vez que adoremos a Cristo en la Eucaristía, nuestros corazones se unirán en Él. Por último, mi oración por ustedes es que perseveren en la fe, con gozo y valentía. Y podemos decir: "Gracias Jesús por amarnos". "Gracias Jesús por habernos llamado". "Quédate con nosotros Señor".



SANTA MISA JUBILEO DE LOS JÓVENES

Homilía del Santo Padre León XIV

TOR VERGATA
3 DE AGOSTO DE 2025



Después de la Vigilia que vivimos juntos ayer por la tarde, volvemos a encontrarnos hoy para celebrar la Eucaristía, Sacramento del don total de sí que el Señor ha hecho por nosotros. Podemos imaginar que recorreremos, en esta experiencia, el camino realizado la tarde de Pascua por los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35). Primero se alejaban de Jerusalén atemorizados y desilusionados; se iban convencidos de que, después de la muerte de Jesús, ya no había nada más que hacer, nada que esperar. Y, en cambio, se encontraron precisamente con Él, lo acogieron como compañero de viaje, lo escucharon mientras les explicaba las Escrituras, y finalmente lo reconocieron al partir el pan. Entonces, sus ojos se abrieron y el gozoso anuncio de la Pascua encontró lugar en sus corazones.

La liturgia de hoy no nos habla directamente de este episodio, pero nos ayuda a reflexionar sobre aquello que allí se narra:

el encuentro con el Cristo resucitado que cambia nuestra existencia, que ilumina nuestros afectos, deseos y pensamientos.

La primera lectura, del Libro de Qohélet, nos invita a tomar contacto, como los dos discípulos de los que hemos hablado, con la experiencia de nuestros límites, de la finitud de las cosas que pasan (cf. Qo 1,2;2,21-23); y el Salmo responsorial, que le hace eco, nos propone la imagen de «la hierba que brota de mañana: por la mañana brota y florece, y por la tarde se seca y se marchita» (Sal 90,5-6). Son dos referencias fuertes, quizá un poco impactantes, pero que no deben asustarnos, como si fueran argumentos “tabú”, que se deben evitar. La fragilidad de la que hablan, en efecto, forma parte de la maravilla que somos. Pensemos en el símbolo de la hierba: ¿no es hermosísimo un prado florecido? Ciertamente, es delicado, hecho con tallos delgados, vulnerables, propensos a secarse, doblarse, quebrarse; pero, al mismo tiempo, son reemplazados rápidamente por otros que florecen después de ellos; y los primeros se vuelven generosamente para estos alimento y abono, al consumirse en el terreno. Así vive el campo, renovándose continuamente, e incluso durante los meses fríos del invierno, cuando todo parece callar, su energía vibra bajo tierra y se prepara para explotar en miles de colores durante la primavera.

También nosotros, queridos amigos, somos así; hemos sido hechos para esto. No para una vida donde todo es firme y seguro, sino para una existencia que se regenera constantemente en el don, en el amor. Y por eso aspiramos continuamente a un “más” que ninguna realidad creada nos puede dar; sentimos una sed tan grande y abrasadora, que ninguna bebida de este mundo puede saciar. No engañemos nuestro corazón ante esta sed, buscando satisfacerla con sucedáneos ineficaces. Más bien, escuchémosla. Hagámonos de ella un taburete para subir y asomarnos, como niños, de puntillas, a la ventana del encuentro con Dios. Nos encontraremos ante Él, que nos espera; más bien, que llama amablemente a la puerta de nuestra alma (cf. Ap 3,20). Y es hermoso, también con veinte años,

abrirle de par en par el corazón, permitirle entrar, para después aventurarnos con Él hacia espacios eternos del infinito.

San Agustín, hablando de su intensa búsqueda de Dios, se preguntaba: «¿Qué es, entonces, esa cosa tan esperada [...]? ¿La tierra? No. ¿Algo que se origina en la tierra, como el oro, la plata, el árbol, la mies, el agua? [...] Todas estas cosas causan deleite, son hermosas, son buenas» (Sermón 313/F, 3). Y concluía: «Busca a quien las hizo: él es tu esperanza» (ibíd.). Pensando, luego, en el camino que había recorrido, rezaba diciendo: «Y he aquí que tú [Señor] estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando [...]. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz» (Confesiones, 10, 27).

Hermanas y hermanos, son palabras muy hermosas, que nos recuerdan lo que decía el Papa Francisco en Lisboa, durante la Jornada Mundial de la Juventud, a otros jóvenes como ustedes: «Cada uno está llamado a confrontarse con grandes preguntas que no tienen [...] una respuesta simplista o inmediata, sino que invitan a emprender un viaje, a superarse a sí mismos, a ir más allá [...], a un despegue sin el cual no hay vuelo. No nos alarmemos, entonces, si nos encontramos interiormente sedientos, inquietos, incompletos, deseosos de sentido y de futuro [...]. ¡No estamos enfermos, estamos vivos!» (Discurso en el encuentro con los jóvenes universitarios, 3 agosto 2023).

Hay una inquietud importante en nuestro corazón, una necesidad de verdad que no podemos ignorar, que nos lleva a preguntarnos: ¿qué es realmente la felicidad? ¿Cuál es el verdadero sabor de la vida? ¿Qué es lo que nos libera de los pantanos del sinsentido, del aburrimiento y de la mediocridad?

Durante los días pasados ustedes han tenido muchas experiencias hermosas. Se han encontrado entre coetáneos provenientes de diferentes partes del mundo, pertenecientes a culturas distintas. Han intercambiado conocimientos, han compartido expectativas, han dialogado con la ciudad a través del arte, la música, la informática y el deporte. Después, en el Circo Máximo, acercándose al Sacramento de la Penitencia, han recibido el perdón de Dios y le han pedido su ayuda para una vida buena.

De todo esto se puede deducir una respuesta importante: la plenitud de nuestra existencia no depende de lo que acumulamos ni de lo que poseemos, como hemos escuchado en el Evangelio (cf. Lc 12,13-21); más bien, está unida a aquello que sabemos acoger y compartir con alegría (cf. Mt 10,8-10; Jn 6,1-13). Comprar, acumular, consumir no es suficiente. Necesitamos alzar los ojos, mirar a lo alto, a las «cosas celestiales» (Col 3,2), para darnos cuenta de que todo tiene sentido, entre las realidades del mundo, sólo en la medida en que sirve para unirnos a Dios y a los hermanos en la caridad, haciendo crecer en nosotros “sentimientos de profunda compasión, de benevolencia, de humildad, de dulzura, de paciencia” (cf. Col 3,12), de perdón (cf. ibíd., v. 13) y de paz (cf. Jn 14,27), como los de Cristo (cf. Flp 2,5). Y en este horizonte comprenderemos cada vez mejor lo que significa que «la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rm 5,5).

Muy queridos jóvenes, **nuestra esperanza es Jesús**. Es Él, como decía san Juan Pablo II, «el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande, [...] para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna» (XV Jornada Mundial de la Juventud, Vigilia de oración, 19 agosto 2000). Mantengámonos unidos a Él, permanezcamos en su amistad, siempre, cultivándola con la oración, la adoración, la comunión eucarística, la confesión frecuente, la caridad generosa, como nos han enseñado los beatos Pier Giorgio Frassati y Carlo Acutis, que próximamente serán proclamados santos. Aspiren a cosas grandes, a la santidad, allí donde estén. No se conformen con menos. Entonces verán crecer cada día la luz del Evangelio, en ustedes mismos y a su alrededor.

Los encomiendo a María, la Virgen de la esperanza. Con su ayuda, al regresar a sus países en los próximos días, en cada parte del mundo, sigan caminando con alegría tras las huellas del Salvador, y contagien a los que encuentren con el entusiasmo y el testimonio de su fe. ¡Buen camino!



SANTA MISA BASÍLICA DE NTRA. SRA. DE MONTSERRAT

Homilía Mons. José Ángel Saiz Meneses

ABADÍA DE MONTSERRAT
4 DE AGOSTO DE 2025



Hemos llegado a la montaña santa de Montserrat, donde se levanta esta Basílica como corazón espiritual de Cataluña, en la que se venera a Santa María, la Mare de Déu de Montserrat, "la Moreneta", patrona de esta tierra querida. Traemos la mochila llena de vivencias, emociones, encuentros y silencios compartidos en la peregrinación jubilar que nos ha llevado hasta Roma, corazón de la Iglesia universal, para ganar el Jubileo y encontrarnos con Cristo, con Pedro y con tantos hermanos en la fe. En este santuario que celebra este año sus mil años de vida monástica y de devoción mariana, queremos elevar nuestro Magnificat. Esta última Eucaristía antes de nuestro regreso a Sevilla es un verdadero canto de acción de gracias por todo lo vivido.

El Evangelio que acabamos de escuchar nos habla de una gran multitud que sigue a Jesús y experimenta el milagro del pan multiplicado. El Señor, movido por la compasión, no sólo cura y consuela, sino que se preocupa de alimentar. No quiere despedir a la gente con el estómago vacío. También nosotros, durante estos días, hemos experimentado esta compasión del Señor. A través del pan de la Palabra y del Pan Eucarístico, a través del calor humano, del testimonio de tantos hermanos en la fe, de los gestos de comunión entre nosotros.

“

El milagro del pan compartido sigue produciéndose hoy en la Iglesia, cuando nos abrimos a la generosidad de Dios y dejamos que Él multiplique nuestras pobres ofrendas. El milagro de la multiplicación es una pedagogía de la fe: el Señor actúa cuando nosotros damos lo poco que tenemos, cinco panes y dos peces. Él hace el resto. En estos días habéis ofrecido vuestra juventud, vuestro tiempo, vuestro cansancio, vuestra ilusión, y Él lo ha multiplicado en frutos de alegría, de conversión, de unidad.

”

Hoy, al final de esta experiencia tan profunda, nos encontramos ante María. Siempre María. Al principio, en Roma, rezamos en Santa María la Mayor, y ahora, al final, nos acoge Nuestra Señora de Montserrat.

“Ella es la Estrella de la evangelización, la compañera fiel del peregrino. María ha estado con nosotros en todo momento: Cuando faltaban las fuerzas, cuando brotaba la oración silenciosa, cuando surgía la sonrisa inesperada o el gesto fraterno. Ella estaba, discreta y maternal, como en Caná.”

La contemplamos aquí, en esta montaña que es el símbolo del alma catalana, cuna de vocaciones, faro espiritual, morada de paz. Cuántas oraciones ha elevado aquí el pueblo catalán a su Patrona.

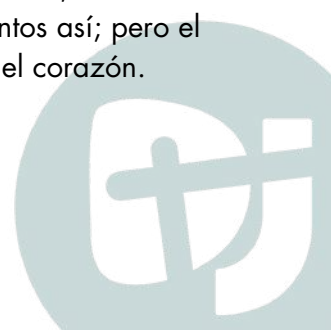
Hoy nosotros, andaluces y sevillanos, nos unimos a esta larga peregrinación de amor. Aquí el peregrino se encuentra consigo mismo, con los demás y con el Dios vivo.

Quiero expresar mi agradecimiento por la acogida fraterna que nos ha ofrecido la comunidad benedictina de este monasterio. ¡Gracias, de corazón! Habéis abierto las puertas de vuestra casa y de vuestro corazón a este grupo de jóvenes sevillanos que venimos de recorrer caminos, de pisar tierra santa, de orar en la tumba de Pedro. Gracias por vuestra hospitalidad, silenciosa y orante, como es propio de la Regla de San Benito: "Hospes venit, Christus venit" —cuando llega un huésped, es Cristo quien llega. En un mundo que tantas veces cierra puertas, que levanta muros y alimenta el individualismo, el testimonio de una comunidad acogedora y orante es un signo luminoso. Vuestra vida monástica es como un faro que indica el camino del cielo. Gracias por recordarnos que Dios es el centro, que la liturgia es el corazón, que la caridad es el alma.

La Providencia ha querido que hoy, además, celebremos la memoria litúrgica de san Juan María Vianney, el santo Cura de Ars. ¡Qué figura tan luminosa para toda la Iglesia! San Juan María Vianney fue un sacerdote pobre y sencillito, aparentemente sin grandes cualidades humanas, pero lleno del Espíritu Santo. Transformó un pequeño pueblo olvidado en un centro de irradiación espiritual para toda Francia. A través de su oración, su austeridad, su entrega a los pobres y necesitados, su escucha paciente en el confesionario y su amor a la Eucaristía, mostró al mundo la grandeza del sacerdocio.

Hoy, desde esta montaña mariana, quiero haceros una invitación directa, clara, sin rodeos: ¿y si el Señor os llama a alguno de vosotros a ser sacerdote? No tengáis miedo. No digáis enseguida que no. Escuchad la voz del Señor en el silencio de la oración. Preguntadle con sinceridad: "Señor, ¿qué quieres de mí?". La Iglesia necesita sacerdotes. No cualquier tipo de sacerdote, sino sacerdotes santos, enamorados de Cristo, fieles, alegres, entregados. Sacerdotes que vivan para los demás, que lleven el Evangelio a los jóvenes, que acompañen con misericordia, que vivan en castidad, obediencia y pobreza, como Jesús. Queridos jóvenes: si alguno de vosotros siente esa llamada, no la apaguéis. La vocación sacerdotal es un don precioso. Y María, nuestra Madre, os ayudará a discernir.

La primera lectura de hoy (Núm 11, 4b-15) nos presenta a Moisés abrumado por el peso del pueblo. Se siente superado, agotado, desbordado. ¡Qué humano su grito a Dios! A veces también nosotros nos sentimos así: sin fuerzas, sin respuestas, con la carga demasiado pesada. Pero el Señor no abandona a los suyos, sino que les envía el Espíritu, suscita colaboradores, multiplica la gracia. Este pasaje es una lección para todos. También en la vida cristiana hay momentos de cansancio, de sequedad, de lucha. Pero ahí actúa Dios con más fuerza. También en nuestra peregrinación ha habido momentos así; pero el Señor ha estado presente, como estuvo con Moisés, como está contigo, cuando le abres el corazón.



Hoy regresamos a casa. Volvemos a nuestras parroquias, familias, estudios, trabajos, ambientes, hermandades, movimientos. Volvemos con los pies cansados, pero con el corazón lleno, con la certeza de que Dios ha estado grande con nosotros. Volvemos con el alma renovada. Pero no termina aquí el camino. No volvemos de hacer turismo ni vacaciones, sino de recorrer un camino de conversión y de gracia, y ahora toca dar fruto. Os pido que no guardéis esta experiencia en el baúl de los recuerdos, que no dejéis que se enfríe la llama encendida ni os conforméis con haber ido a Roma y haber visitado Montserrat. Llevad el Evangelio a vuestros ambientes, hablad de Cristo, sed testigos suyos en medio del mundo. No tengáis miedo, que María camina con vosotros.

Y ahora, en el silencio de esta Basílica que ha escuchado tantas plegarias, vamos a decirle a María santísima lo que llevamos en el corazón, vamos a agradecerle su presencia constante, a confiarle nuestras inquietudes, nuestras familias, nuestras decisiones. Le pedimos también que no nos suelte de la mano. A sus pies, renovamos el sí que dimos al partir: sí, Señor, queremos seguirte; sí, Madre, queremos caminar contigo. Que Nuestra Señora de Montserrat nos bendiga. Que el ejemplo del Cura de Ars despierte nuevas vocaciones. Que el Señor multiplique, como los panes y los peces, todo lo que hemos vivido. Que esta peregrinación dé fruto abundante en nuestra Iglesia de Sevilla. Así sea.





Jubileo de los Jóvenes

del 28 de julio al 5 de agosto



HOMILÍAS

